

LA PREPARACIÓN DEL EJÉRCITO LIBERTADOR DEL PERÚ

POR
EDUARDO ARRIAGADA ALJARO
EDITOR PANORAMA DE HISTORIA MILITAR.

Durante los dos años que siguieron a la batalla de Maipú, la principal atención del gobierno chileno fue la preparación de la expedición libertadora del Perú. Tanto el director supremo, Bernardo O'Higgins, como sus ministros, el Senado Legislador y el Cabildo de Santiago, estaban convencidos de que la independencia de Chile no estaría consumada mientras el Perú estuviese bajo el dominio español.

Sin embargo, los obstáculos a vencer en esta empresa eran formidables: estaban los graves problemas internos de las Provincias Unidas del Río de la Plata, la tardanza de parte del gobierno de estas últimas a la hora de concretizar un tratado de alianza para llevar a cabo esta expedición, la retirada hacia Mendoza de una parte del Ejército de Los Andes y la prolongada ausencia del general José de San Martín. Pero todo esto no amilanó el ánimo de O'Higgins ni de sus colaboradores.

Desde el mes de mayo de 1819, O'Higgins se ocupaba en resolver el problema del transporte del ejército y del material de guerra. El Director Supremo y sus ministros decidieron finalmente que dicho transporte se haría a través de un contrato con uno o varios empresarios. Estos deberían completar el número de buques necesarios para la conducción de la carga y del ejército, alimentar a este último durante el viaje y abastecerlo de los víveres necesarios después de su desembarco en las costas peruanas, hasta que pudiera obtener sus recursos del territorio que fuera ocupando. Una asociación de comerciantes logró presentar una propuesta conveniente para el gobierno. El 31 de julio de 1819 se aprobaron las bases generales del contrato, el cual finalmente fue firmado el 2 de septiembre del mismo año.

Además, el gobierno chileno inició la recaudación del empréstito extraordinario destinado a sufragar los gastos de la expedición. También se expidieron las órdenes para reclutar gente en las provincias, con el fin de engrosar los cuerpos del Ejército; de esta forma, se pudieron reunir dos mil hombres (principalmente en el sur del país), que llenaron las bajas habidas dentro de las filas patriotas. También se esperaba que en la primavera volverían a Chile los cuerpos del Ejército de Los Andes que se hallaban en la provincia de Cuyo y que San Martín había aumentado con nueva recluta.



Los empresarios encargados para el transporte de este ejército se habían comprometido a tener todo listo para enero de 1820, pero, como San Martín no arribaba a suelo chileno, O'Higgins debió suspender tales trabajos en forma momentánea. Como tales empresarios se vieron perjudicados por esta última resolución, interpusieron ante el Senado una querrela. Entonces este último cuerpo resolvió que dicha expedición se llevara a cabo, independiente de la llegada o no de San Martín; esto quería decir que, si era necesario, esta empresa sería ejecutada sólo con los recursos de Chile. San Martín, finalmente, partió de Mendoza y llegó a Santiago el 14 de enero de 1820. Tanto el gobierno como la población lo recibieron calurosamente.

San Martín había propuesto enviar al Perú una fuerza compuesta de seis mil hombres, pero se pensaba que en Chile, con la nueva recluta, se podrían reunir unos 4.000 efectivos. Pero también se contaba con la división del Ejército de Los Andes, que en el otoño anterior había pasado a Mendoza. Se hallaba conformada por 1.253 hombres, en su mayor parte chilenos y había sido aumentada por San Martín a unos dos mil efectivos, gracias a la recluta reunida en los pueblos de Cuyo.

Por su parte, el Senado chileno acordó el 20 de enero de 1820 que la expedición marchara a cargo del brigadier José de San Martín, el cual debía recibir nuevamente el título de General de los Ejércitos Unidos. Por otra parte, acordó de que si Chile no podía disponer de los 6.000 hombres mencionados, entonces San Martín, si todavía se hallaban disponibles las tropas existentes en Mendoza, debía pedir las que fueran necesarias para alcanzar la anterior cifra.

La anarquía había prendido muy fuerte en las Provincia Unidas del Río de la Plata durante el año de 1820, por lo cual se hizo imposible todo aporte de parte de ellas para la Expedición Libertadora del Perú. O'Higgins comprendió que el esfuerzo de guerra iba a ser asumido en forma inevitable sólo por Chile. Además, la expedición se vería privada del concurso de unos dos mil soldados. El Senado consultó a O'Higgins si la proyectada expedición de 6.000 efectivos podía reducirse a los 4.000 hombres (número que se había acordado con los empresarios navieros), a lo cual el Director Supremo contestó que no se podía reducir la cifra original.

Poner en armas a 6.000 hombres era muy difícil en Chile, cuya población masculina había sufrido una fuerte merma después de ocho años de guerra. Además de esa cantidad de efectivos, había que tomar en cuenta la marinería de la Escuadra y, también, era necesario dejar en el país a lo menos dos mil hombres para defenderlo contra las montoneras realistas y los indígenas que operaban en el sur del país. Sin embargo, el Senado apoyó a O'Higgins, de manera que la expedición pudiera concretarse en forma compatible con los recursos humanos y materiales disponibles.

En la segunda mitad del mes de febrero de 1820, el coronel Rudecindo Alvarado, siguiendo instrucciones de San Martín, emprendió viaje hacia Chile, dejando en Mendoza



una parte de la artillería del Ejército de Los Andes, más los cuerpos milicianos que se habían formado en dicha ciudad con el fin de defenderla. También repasaron la cordillera el Regimiento de Granaderos a Caballo (compuesto de 231 hombres), dos escuadrones de Cazadores (que sumaban poco menos de 200 hombres) y dos piezas de artillería; estas fuerzas pasaron a formar parte del ejército expedicionario que se estaba concentrando en Rancagua.

A partir de este momento, San Martín se afanó en activar la partida de la expedición libertadora. Al gobierno chileno le fue haciendo las representaciones más premiosas posibles, tales como su impaciencia por el hecho de que con la nueva recluta no se completaba el número necesario de soldados. Pero el gobierno lo tranquilizó y él mismo se dio cuenta de que los aprestos no se podían realizar con mayor prisa. Dos nuevos batallones se estaban disciplinando (uno en Coquimbo y otro en Santiago), mientras que los cuerpos acantonados en Rancagua se iban incrementando, llegando el 30 de abril de 1820 a los 3.178 hombres.

Mientras tanto, se buscaba el sitio adecuado para un nuevo acantonamiento en las cercanías de Valparaíso, Quillota o Casablanca y, el 9 de mayo, O'Higgins hizo desaparecer toda distinción entre el Ejército de Los Andes y el Ejército de Chile, mandando que ambos fueran conocidos como Ejército Libertador del Perú, cuyo mando fue confiado a San Martín. El ejército expedicionario terminó concentrándose en Quillota y, a mediados de mayo de 1820, San Martín se trasladó a esa villa para revistar las tropas y tomar nuevas disposiciones militares.

Por su parte, la maestranza de Santiago fabricaba variado material para el ejército, mientras que en Valparaíso se estableció una fundición que elaboraba elementos para la artillería, a la vez que reparaba piezas.

Desde mediados de mayo de 1820 comenzaron a moverse los cuerpos acantonados en Rancagua hacia Quillota. Hasta esta villa marcharon también los dos batallones que estaban en Santiago. Juan Gregorio de Las Heras era el jefe de Estado Mayor del ejército expedicionario y dirigía la concentración de tropas. A fines de mayo, el general San Martín visitó el campamento e inspeccionó los aprestos que se efectuaban en Valparaíso.

Para el mes de mayo, el ejército expedicionario contaba con cerca de 5.000 efectivos. Sin embargo, presentaba una anomalía en su oficialidad, ya que muchos jefes y oficiales argentinos o chilenos tenían títulos entregados por el gobierno de Buenos Aires, del cual se habían separado y el que, además, había dejado de existir. En vista de esta situación, O'Higgins optó por dar nombramientos en el Ejército de Chile a todos esos oficiales en el mismo rango que ostentaban en el disuelto Ejército de Los Andes. San Martín apoyó esta medida, concebida como un premio concedido a estos agraciados por haber prestado sus servicios a la libertad de Chile.

Desde principios de julio de 1820, todos los cuerpos del ejército expedicionario estaban reconcentrados en Quillota y sus alrededores; hacia el 15 de ese mes, la fuerza total



constaba de 4.642 soldados y de 320 oficiales (incluyendo el Batallón N° 2 de Cazadores que se hallaba en Coquimbo).

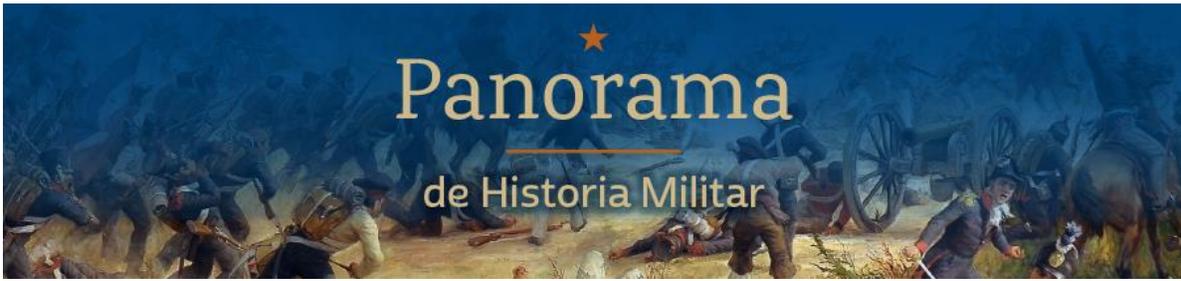
El jefe del Estado Mayor, brigadier Las Heras, llevaba a su lado a veintidós ayudantes, mientras que el general en jefe contaba con cuatro edecanes; y, para el servicio administrativo y político, contaba este último también con tres secretarios. Si bien el ejército expedicionario constituía un solo cuerpo, con el marchaban los generales Juan Antonio Álvarez de Arenales y Toribio de Luzuriaga, los que debían tomar el mando de las divisiones que se formarían en territorio peruano. La intendencia general del ejército estaba a cargo de Juan Gregorio Lemos, quien tenía a tres oficiales auxiliares. El servicio sanitario constaba de ambulancias bien montadas, y dotadas de siete cirujanos y doce enfermeros. El doctor Álvarez Jonte era el Auditor de Guerra (pero, debido a su precaria salud, estaba también la persona de Bernardo de Monteagudo, quien debía reemplazarlo accidentalmente). Había una compañía de artesanos, carpinteros y herreros, a cargo de tres oficiales. El jefe del Parque era el sargento mayor Luis Beltrán.

El ejército expedicionario se componía de un cuerpo de artillería, de seis batallones de infantería y de dos regimientos de caballería, aparte de dos cuadros de oficiales y sargentos sobre cuya base se formarían otros dos cuerpos en el Perú. Algunos soldados fueron sacados para conformar la marinería de la Escuadra, mientras que 170 artilleros quedaron de guarnición en los fuertes de Valparaíso; de esta forma, el ejército estaba compuesto de 4.118 soldados, y de 296 jefes y oficiales, sin contar a quienes conformaban el Estado Mayor y los que prestaban servicios fuera de los cuerpos.

La mayor parte del contingente de este ejército era chileno y, dentro de la División de Los Andes que lo componía, se calcula que alrededor de 2.000 de sus efectivos eran también chilenos. Esto último se dio porque el Ejército de Los Andes recibió sus reemplazos en Chile y porque fue renovando periódicamente sus filas con voluntarios chilenos.

Además de las armas entregadas a cada soldado y de las 35 piezas de artillería que formaban el Parque, se traían también 15.000 fusiles y unos 2.000 sables para armar nuevas unidades en el Perú. La carga pasaba de los 15.000 cajones que contenían armamento, vestuario, herramientas, municiones, monturas y correajes. Los víveres constaban principalmente de charqui, galleta, harina y frejoles, suficientes para alimentar al ejército durante la navegación y en los primeros cinco meses de campaña. El Estado Mayor llevaba una imprenta y los respectivos operarios.

Para el transporte de este ejército, de cerca de 800 caballos (y de su forraje), del material de guerra y de toda la carga, se organizó una flota compuesta de siete naves de guerra y de dieciséis barcos mercantes. Todas estas naves estaban atendidas por más de 2.500 hombres, de los cuales 1.928 correspondían a la Marina militar.



El 13 de agosto de 1820 salieron del campamento de Quillota los cuerpos del ejército y el 18, desde la mañana, comenzaron a embarcarse en el puerto de Valparaíso (el día anterior habían partido para Coquimbo dos naves que debían embarcar el batallón de infantería que se había organizado en esta provincia).

La partida de la expedición quedó fijada para el 20 de agosto. En la mañana de ese día, los castillos de Valparaíso y los buques de la Escuadra enarbolaron la bandera de Chile, y el general San Martín recorrió la mayor parte de la bahía, visitando los buques de guerra y los transportes. A las dos de la tarde, las naves comenzaron a levar anclas. La vanguardia era encabezada por la fragata “O’Higgins” y dos buques menores; le seguían los transportes que conducían tropas y después aquellos que llevaban el hospital, la artillería, la maestranza, el parque, los equipajes y el resto del material del ejército; esta columna era defendida por tres buques de guerra; y la retaguardia estaba formada por 11 lanchas cañoneras, la corbeta “Independencia” y el navío “San Martín”.